

# CIENCIA, TEORÍA DE LA HISTORIA Y PROSPECTIVA: ESBOZO CRÍTICO\*

Alejandro Estrella González\*\*

“El progreso de toda vida no se halla en la línea recta sino en la espiral”

Williams Morris, Manifiesto de la Liga Socialista, 1885

## 1. INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Es bien sabido que la década de los 90 del siglo pasado ha sido una etapa convulsa y difícil para la disciplina histórica. El tiempo histórico que regula este peculiar campo académico ha sufrido una auténtica aceleración, una precipitación ‘acontecimental’ que ha desembocado en el cuestionamiento de los grandes paradigmas que habían dominado la escena historiográfica durante la década del siglo XX. Lejos de una mera proliferación de campos temáticos, este proceso ha significado una verdadera fragmentación teórica de la disciplina, sin que por el momento hayamos asistido a la

emergencia de nuevos paradigmas capaces de generar un relativo grado de consenso entre la comunidad historiográfica<sup>1</sup>. No es extraño, por tanto, que determinadas problemáticas claves en la arquitectura de los viejos paradigmas hayan desaparecido de la agenda del historiador sabedor –de manera consciente o implícita– que sacarlos a la palestra supondría una derrota segura con la consiguiente pérdida de su capital científico<sup>2</sup>. Si bien esta es *grosso modo* la situación que aún hoy estamos viviendo, ciertos síntomas revelan un posible cambio de tendencia en un futuro inmediato. No entraré a discutir todos los indicios que a mi juicio apoyan esta hipótesis<sup>3</sup>, limitándome a señalar, de forma más bien impresionista, una de las problemáticas que mejor ilustran este proceso.

Durante la década de los 90 la discusión en torno a la posibilidad de una teoría ontológica de la historia sufrió una profunda metamorfosis. La

\* Quiero agradecer a Julio Pérez Serrano su invitación a participar en este número de la *Revista de Historia Actual*. También a Francisco Vázquez García por permitirme consultar su trabajo inédito *La subjetividad expresiva tras la modernidad tardía*.

\*\* Departamento de Historia, Geografía y Filosofía. Universidad de Cádiz. E-mail: alejandro.estrella@uca.es.

<sup>1</sup> No obstante, también cabe entender que lo que hoy despierta un mayor consenso entre los historiadores es precisamente la fragmentación, lo que la convertiría en el paradigma dominante actual. Cf. Barros, C., “Hacia un nuevo paradigma historiográfico” [documento en línea] Disponible desde Internet en: <<http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/index2.htm>>.

<sup>2</sup> Sobre el concepto de capital científico: Bourdieu, P., *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona, Anagrama, 2003, 100-104.

<sup>3</sup> Al respecto remito al lector a un somero análisis comparativo entre los contenidos de las Actas de los tres congresos internacionales de Historia a Debate: Barros, C. (ed.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia a Debate*. 3 tomos. Santiago de Compostela, 1995; Barros, C. (ed.), *Actas del II Congreso Internacional de Historia a Debate*. 3 tomos. Santiago de Compostela, 2000; las actas del III Congreso aparecerán a lo largo del 2005. El temario se encuentra disponible en <<http://www.h-debate.com/congresos/3/temario/menu.htm>>. Mientras en el primer (1993) y segundo congreso (1999) dominaron temas como la crisis de la historia, el impacto de la posmodernidad, la fragmentación o la narratividad en la historia, en el tercero (2004) destacaron las discusiones en torno a la reconstrucción del paradigma historiográfico y la posibilidad de desarrollar una ‘historia global’.

polémica dejó de girar en torno a los principios que debían fundamentar sólidamente dicha teoría para hacerlo sobre la legitimidad de la misma. Lo novedoso de esta reorientación no eran sólo los contenidos de este cuestionamiento, sino el hecho de que por primera vez a lo largo del siglo XX se daba un equilibrio de fuerzas en el campo historiográfico por el que diversos grupos de historiadores podían imponer como orden del día la ilegitimidad de construir o trabajar desde una determinada teoría de la historia. Pese a la riqueza de matices –o más bien, a las diferentes propuestas que pugnaban dentro de ambas tradiciones– a ojos de los críticos, tanto el materialismo histórico como la escuela de *Annales* habrían elaborado teorías de la historia que, al compartir determinados supuestos fundamentales, se constituían como variantes del denominado ‘metarrelato moderno’<sup>4</sup>. En líneas generales, el grueso de esta ‘crítica posmoderna’ se centraba precisamente en los fundamentos que articulaban dicho ‘metarrelato’: en el plano ontológico, la imputación de un sentido inherente a la realidad histórica a partir de la noción determinista de progreso; en el plano epistémico, la infalibilidad de un método científico capaz de desentrañar ese sentido; en los planos ético y político, los efectos de dominación inherentes a dicho ‘metarrelato’<sup>5</sup>. La ‘crítica posmoderna’ no abogaría por sustituir el viejo me-

tarrelato por otro, antes bien, se afanaría en desencadenar una explosión de esta unicidad ficticia e impuesta en múltiples relatos abiertos, frágiles o inestables. Mientras, en el plano histórico-real, el fracaso del socialismo y de la socialdemocracia como proyectos de organización político-social y el triunfo del neoliberalismo –acompañado del decreto del fin de la historia– parecían pruebas irrefutables del fracaso de las cualidades prospectivas de las grandes teorías de la historia, y por tanto, de su validez o legitimidad. De esta manera, a finales del siglo XX, defender la necesidad de construir una teoría de la historia significaba arriesgarse al descrédito científico o, aún peor, a ser acusado de cómplice del colonialismo, del *gulag* o de Auschwitz<sup>6</sup>.

Pero, como he señalado, creo que existen elementos que permiten hablar de un cambio de tendencia. Hoy, por ejemplo, sabemos que el proyecto político y social del neoliberalismo –cosa que desde luego no pasó desapercibida para muchos en su momento– cuenta también con una teoría de la historia con ambiciones prospectivas (extensión de la democracia liberal y de la economía de mercado); que entre la crítica posmoderna –al igual que ocurrió con la modernidad– y el compromiso emancipador no existe una relación unívoca; que, lejos de asistir al fin de la historia, hemos entrado

<sup>4</sup> Sobre el ‘metarrelato moderno’ y la crítica a la que es sometido dentro y fuera del campo historiográfico véase: Cabrera, M.A., “La situación actual de la historia: un paisaje cambiante”, en M.A. Cabrera; M. McMahon (coords.), *La situación de la historia. Ensayos de historiografía*. Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de La Laguna, 2002; y Campillo, A., *Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia*. Barcelona, Anagrama, 1995.

<sup>5</sup> La posmodernidad se trata, sin lugar a dudas, de un fenómeno complejo y polifacético, cuyo significado y relevancia ha producido un sin fin de debates, discusiones y propuestas en direcciones divergentes. De hecho aún se discute si debe entenderse como una ruptura radical con la modernidad, o más bien, como un epígono crítico de la ilustración. Sea como fuere, lo que denominamos a partir de aquí como ‘crítica posmoderna’ tendrá un carácter general y hará referencia a toda crítica acaecida en el campo historiográfico que, partiendo de diferentes puntos –ya desde la década de los 70-80- y siguiendo caminos diversos, coadyuva durante la década pasada en el cuestionamiento de los grandes paradigmas historiográficos. No obstante, creemos oportuno sacar a colación la tesis de que la verdadera línea divisoria no es la que separaría modernidad-posmodernidad, sino aquella que, secularmente, establece una distinción entre un proyecto y pensamiento constituido de uno constituyente: Cf. Aragüés, J.M., *Lineas de fuga. Filosofía contra la sociedad idota*. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2002, pp. 10-12.

<sup>6</sup> Cáigase en la cuenta de que este no era el caso de otras disciplinas. Por ejemplo, la economía no dejó en ningún momento de ambicionar macroteorías capaces, no sólo de explicar ciclos económicos pasados y presentes, sino de apuntar tendencias futuras, sin verse por ello sometida a un cuestionamiento como al que se vio sometida la historia. En la misma línea, en sociología no dejó de usarse el término de ‘teoría de la sociedad’ (análogo al de ‘teoría de la historia’) para dar cuenta de los mecanismos que explican la dinámica social. Lo mismo cabe decir de otras disciplinas como la lingüística y el prodigioso desarrollo de la ‘teoría del lenguaje’; desarrollo directamente proporcional (e íntimamente relacionado) al espectacular desprestigio de la teoría de la historia. De hecho, la recomendable obra de M.A. Cabrera –excepcional para entender la propuesta historiográfica del giro lingüístico y la crítica de éste a los viejos paradigmas– lleva por título un revelador *Historia, Lenguaje y Teoría de la Sociedad*. Madrid, Ediciones Cátedra, 2001. Quizás haya que reflexionar sobre las causas de esta suerte de agravio comparativo que denigra en unos campos lo que ensalza en otros. Más abajo apuntaré una posible causa, limitándome por el momento a adelantar que si había alguna disciplina cuya teoría a gran escala estuviera comprometida con proyectos políticos alternativos al que resultó vencedor de la Guerra Fría, esa era sin duda la historia.

en una nueva etapa histórica que demanda una renovación de nuestra disciplina y que, finalmente, es más que probable que esta renovación requiera de una nueva teoría de la historia.

Efectivamente, la comunidad historiográfica parece haber entrado en una nueva dinámica condicionada por la realidad histórica a la que nos enfrentamos. Un síntoma de esta nueva etapa historiográfica es la creación y consolidación de comunidades de historiadores con perfiles novedosos: transversalidad, internacionalismo, uso de nuevas tecnologías, funcionamiento relativamente independiente frente a las rígidas instancias académicas, etc. Pondré dos ejemplos paradigmáticos en los que estoy implicado y que constituyen –sin eliminar sus particularidades– una experiencia pionera en el panorama historiográfico de nuestro país<sup>7</sup>.

Tanto desde la Asociación de Historia Actual (AHA) como desde la Red Historia a Debate (HaD) venimos trabajando desde hace años en una renovación de los estudios históricos desde diferentes perspectivas<sup>8</sup>. La AHA se ha convertido en un verdadero referente a la hora de experimentar con nuevas herramientas analíticas con el fin de construir, desde un decidido enfoque interdisciplinar, explicaciones integradas del proceso histórico de mundialización: desde el uso de la teoría de sistemas complejos sobre diferentes coyunturas históricas, hasta el de modelos teóricos de decisión para dar cuenta de la acción de agentes políticos (estados, partidos, colectivos), pasando por el de teorías ambientales aplicadas a la dinámica de diferentes ecosistemas humanos. Como rasgo distintivo –y del que nos ocupamos en este ensayo– cabe destacar la incursión en los estudios prospectivos; apuesta que no sólo supone una renovada comprensión del proceso histórico en su dimensión temporal (pasado-presente-futuro), sino un compromiso con la potencialidad de los análisis históricos para actuar en un presente en el que nos jugamos el futuro.

HaD comparte en gran medida estas inquietudes con la AHA como demuestran, por un lado,

los contenidos del III Congreso Internacional de HaD (donde uno de los grandes ejes temáticos giró en torno al proceso de mundialización<sup>9</sup>); por otro, la red de distribución de Historia Inmediata, conformada por más de 700 historiadores y en la que se mantiene un análisis en tiempo real del presente desde una perspectiva histórica. Pero si hay algún aspecto que distingue a HaD es su implicación en el proyecto de extender un debate teórico, metodológico e historiográfico sobre la disciplina histórica a nivel internacional que redunde en la consecución de un consenso colectivo en torno a un nuevo paradigma historiográfico. Conscientes de que el proceso de mundialización reclama poner fin a la dinámica de fragmentación disciplinar, se apunta hacia la constitución de una nueva historia global (ya sea como historia mundial, historia mixta, etc.) que sustituya y supere los viejos proyectos de la historia universal y la historia total<sup>10</sup>.

De esta breve caracterización cabe deducir que ambos proyectos confirman una tendencia en auge en la comunidad historiográfica que reivindica como necesaria –ya sea para comprender el proceso de mundialización y su evolución, ya para constituir un nuevo paradigma acorde a dicho proceso– retomar el proyecto de una nueva teoría de la historia. Por tanto, en este ensayo dejaremos de lado la, ya parece, vieja polémica sobre la legitimidad de una teoría ontológica de la historia haciendo que nuestra discusión apunte hacia la nueva etapa historiográfica que parece otearse en el horizonte. Desde esta secuencia, el problema que se nos impone es cómo construir una nueva teoría de la historia –requerida, en concreto, por los estudios de carácter prospectivo– capaz de asumir y superar las más certeras críticas a las que se han visto sometidas las viejas teorías de la historia a lo largo de la década pasada.

Respecto a este enfoque creo importante adelantar una aclaración. Dar valor al proceso desencadenado por la ‘crítica posmoderna’ –fundamentalmente en lo referente a sacar a la luz buena parte del ‘impensado’ de los viejos paradigmas– no im-

<sup>7</sup> Afirmación que debemos matizar desde el momento en que se trata de redes internacionales conectadas a través *internet*, si bien tuvieron su origen en España.

<sup>8</sup> AHA: <<http://www.historia-actual.com>>; HaD: <<http://www.h-debate.com>>.

<sup>9</sup> Vid. Barros, C., “Hacia un nuevo...”, op. cit., 16.

<sup>10</sup> Cf. Barros, C., “La historia que queremos” [documento en línea] Disponible desde Internet en: <<http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/index2.htm>> y cf. id.: “La historia mixta como historia global” [documento en línea] Disponible desde Internet en: <<http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/index2.htm>>.

plica compartir los contenidos de esta crítica. En concreto, nos alejamos del vínculo que muchos establecieron entre las lacras de las teorías de la historia y las aspiraciones científicas de la disciplina. Creemos que si las viejas teoría de la historia adolecen de sesgos y peligros estos se deben, bien a la intrusión de criterios acientíficos —que paradójicamente la crítica posmoderna ha ayudado a identificar—, bien al hecho de que la disciplina trabajaba con una concepción de la ciencia esencialista.

Mi objetivo, por tanto, es señalar ciertos peligros —a tres niveles: ontológico, metodológico y ético-político— que el proyecto de reconstrucción de una teoría de la historia debería evitar<sup>11</sup>. Con el fin de ilustrar estos peligros echaré mano, fundamentalmente, de la tradición marxista (en sentido clásico), no sólo por tratarse, quizás, de la teoría de la historia más ambiciosa e influyente del siglo XX, sino por constituir una de las propuestas historiográficas con mayor vocación prospectiva. Finalmente expondremos en cada caso el posible antídoto ante estos peligros, señalando diferentes propuestas, tradiciones o líneas de investigación en las que es posible encontrar recursos —explícitos o por explorar— adecuados a este propósito.

Este ensayo no pretende, por tanto, afirmar cómo será la nueva teoría de la historia sino, en todo caso, cómo no debería ser<sup>12</sup>. Hemos señalado más arriba la necesidad de deshacernos de viejas concepciones de la ciencia. Una de ellas es precisamente la que amenaza cuando un historiador individual pretende haber dado con la clave del posible desarrollo de la disciplina sin considerar las valoraciones del resto de la comunidad o los usos sociales a los que está sometida la disciplina. Olvidar lo primero significa obviar que en las luchas por imputar sentido a la historia intervienen múltiples campos sociales, académicos y no académicos. Olvidar lo segundo supone dejar de lado los avances en sociología e historia de la ciencia y quedar anclados en un realismo ingenuo más propio del siglo pasado que del futuro.

Desde nuestra problemática, la cuestión fundamental que debemos encarar como colectivo es

determinar qué papel queremos que desempeñe nuestra disciplina a la hora de implicarse en las luchas por dotar de sentido a la historia. La filosofía o la literatura contribuirán a esta construcción, al igual que la prensa o la acción política, siguiendo las reglas que regulan la lógica de sus campos. Mi apuesta, entonces, es que la historia lo haga desde una decidida vocación de ciencia social, lo que, entre otras cualidades vendría a ser sinónimo de trabajo colectivo (construir compartiendo ciertos principios teóricos, metodológicos y valorativos), de crítica (problematización de lo que pasa por evidente) y de autonomía (sujeción de nuestras producciones a reglas definidas por nosotros mismos). Será entonces cuando la comunidad historiográfica produzca una nueva teoría de la historia capaz de dotar de un perfil específico a nuestra participación en la construcción del sentido de la historia.

## 2. NIVEL ONTOLÓGICO: EVITAR EL DETERMINISMO

A nivel ontológico, el proyecto de una nueva teoría de la historia debería conjurar el determinismo objetivista de las grandes estructuras —sin caer por ello en un indeterminismo subjetivista— y apuntar hacia una propuesta capaz de dar cabida a una teoría de la acción que contemple cómo se forman y se ponen en liza las capacidades creativas de los sujetos históricos. Cuatro problemáticas interrelacionadas emergen a la hora de encarar este desafío.

### 2.1. Primera problemática: cuestionar el determinismo objetivista y considerar el papel creativo del agente histórico-humano

Las grandes teorías de la historia del siglo XX —y el marxismo es un claro ejemplo al respecto— se han elaborado a partir del análisis de las grandes estructuras que constriñen la acción de los sujetos, quedando ésta reducida a un epifenómeno de dichas estructuras. La ya clásica obra de Cohen, titánico esfuerzo por renovar la teoría de la historia de Marx mediante una aproximación a los recursos de la filosofía analítica, no consigue superar este es-

<sup>11</sup> Me alargaré más en el primer nivel dado que nuestra discusión gira en torno a una teoría 'ontológica' de la historia. Para una aproximación a problemas de teoría de la historia desde una dimensión epistemológica: Estrella, A., "Realismo, giro lingüístico y giro práctico: conflictos en torno a la naturaleza de la historiografía. Una reconstrucción del campo historiográfico de la década de los 90" (en prensa).

<sup>12</sup> Esta es la razón por la que no se abordan ciertos temas que se revelan determinantes a la hora de encarar un proyecto de reconstrucción de una teoría ontológica de la historia como, por ejemplo, la relación diacronía-sincronía, el concepto de acontecimiento o la noción de progreso.



collo al entender la historia como un continuo desarrollo de las fuerzas productivas<sup>13</sup>. Otras novedosas teorías de la historia alejadas del marxismo cometerían el mismo error. Por ejemplo, la teoría de sistemas aplicada a coordenadas macrohistóricas consideraría que es el aumento de la complejidad y de la interrelación entre los diferentes subsistemas el mecanismo que explica la evolución de la historia humana<sup>14</sup>. Hay en estas propuestas una tendencia inherente al determinismo como consecuencia de su incapacidad para desarrollar, con la misma profundidad con la que se aborda el análisis del funcionamiento de las grandes estructuras, una teoría de la acción humana compleja y acorde a la anterior. De manera más concreta, de lo que se carece es de una propuesta capaz de engarzar el análisis de las grandes estructuras con el de la práctica humana, sin reducir la explicación de ésta a una mera función de aquellas.

Desde un enfoque prospectivo mantener este determinismo objetivista supondría recaer en una suerte de teleologismo. Toda vez que se nos invita a identificar los mecanismos que regulan el funcionamiento de las grandes estructuras con los de la dinámica histórica, podemos acabar imputando a la historia una meta prefijada en función de la lógica a la que, creemos, responden aquellas estructuras (progreso, aumento de la complejidad, desarrollo de las fuerzas productivas, etc.). Quizás —y en el mejor de los casos— los análisis prospectivos que aún impliquen una teoría de la historia sometida a este determinismo objetivista no podrían en ningún caso identificar escenarios posibles, sino apuntar espacios de imposibilidad<sup>15</sup>.

Por tanto, a este primer nivel, el desafío que debe encarar el proyecto de una nueva teoría de la historia pasa por romper con el determinismo de las grandes estructuras e incorporar en su agenda la pregunta por la forma en que los agentes manejan los límites que éstas les imponen —y las presiones a las que se ven sometidos— frente otros agentes. En pocas palabras, una nueva teoría de la historia con ambiciones prospectivas debe construirse alejada de una concepción decimonónica de la ciencia que

pretende hacer inaudible el papel creativo de los agentes históricos, apostando por lo que se ha venido denominando como una ciencia social con sujeto<sup>16</sup>.

## 2.2. Segunda problemática: ruptura con la antinomia acción-estructura y adopción de un enfoque estratégico de la acción humana

Pero si la nueva teoría de la historia debe ser capaz de contemplar el papel creativo de los agentes históricos cabe preguntarse si no resucitamos con ello una variante de subjetivismo idealista como, de hecho, defiende una redivida historiografía tradicionalista amiga de voluntariosos líderes y monarcas motores de cambio. ¿Cómo romper entonces con una suerte de antinomia acción-estructura que nos impele a comprender la acción de los agentes, bien como el efecto de una subjetividad autónoma, bien del de unas estructuras objetivas más allá de la voluntad de éstos?

La acción humana siempre se encuentra sometida a límites y presiones, no sólo externas al sujeto (es decir, objetivas: tales como posición social, necesidades materiales o presiones de otros agentes), sino interiorizadas por complejos procesos experienciales constitutivos: desde la educación institucionalizada, hasta vivencias personales y colectivas, pasando por conocimientos adquiridos o rutinas incorporadas. Pero por otro lado, estos límites y presiones también configuran un espacio de posibilidades, al ir constituyendo un repertorio de recursos a disposición del agente que éste puede poner en liza según las circunstancias a las que se enfrenta. Este modelo que nos lleva de los constreñimientos a la acción subjetiva, pasando por la experiencia y la incorporación (en sentido literal del término), permite romper con la antinomia acción-estructura y contemplar las capacidades creativas de los agentes, cuya acción, no deja por ello de encontrarse estructurada —lo que no significa definida— por las condiciones objetivas. Finalmente, a través de complejos procesos históricos (luchas, cooperación, trabajo, etc.), los diferentes agentes (individuales o colectivos) despliegan esa acción estructurada frente a la de otros agentes, reproduciendo o transformando las condiciones objetivas a las que se enfrentan.

<sup>13</sup> Cohen, G., *La Teoría de la Historia de Karl Marx. Una defensa*. Madrid, Siglo XXI y Editorial Pablo Iglesias, 1986.

<sup>14</sup> Luhman, N.; Schorr, K., *Sociedad y Sistema. La ambición de la Teoría*. Barcelona, Paidós, 1990.

<sup>15</sup> Ovejero, F., *La Quimera Fértil (El despropósito de una teoría de la historia)*. Barcelona, Icaria Editorial, 1994.

<sup>16</sup> “Manifiesto historiográfico [documento en línea] Disponible desde Internet en: <[http://www.h-debate.com/Spanish/manifiesto/menu/manifiesto\\_had.htm](http://www.h-debate.com/Spanish/manifiesto/menu/manifiesto_had.htm)>.

Estos serían a grandes rasgos los vectores que definen lo que podemos denominar como enfoque estratégico: una teoría de la acción que contempla las capacidades creativas del agente en función de los recursos de los que éste dispone, así como de los límites y presiones que lo constituyen y orientan frente a otros agentes. Puede ser de utilidad echar mano de una metáfora sobre juegos –utilizada de forma muy diversa por autores pertenecientes a disciplinas y tradiciones diferentes, como E.P. Thompson, P. Bourdieu o J. Elster– para ilustrar este enfoque estratégico. La dinámica de las sociedades puede asemejarse a la de “juegos muy complejos que a veces muestran evidencias muy tangibles sobre lo que los caracteriza [...], que a veces se rigen por reglas visibles [...] y a veces por reglas invisibles: la vida entera se desenvuelve dentro de ‘estructuras’ de tales reglas visibles e invisibles”<sup>17</sup>. Las reglas imponen a cada jugador una función y una posición en el juego que determina su experiencia del mismo, incorporando determinadas habilidades o disposiciones (ni viven de la misma manera, ni cuentan con las mismas características un portero, un centro o un delantero). En relación con estas reglas, en función del rol asignado, podemos decir que el jugador pasa a ser un portador del juego, un elemento dentro de las mismas. Pero de aquí no podemos deducir que la acción del jugador se reduzca a una ejecución mecánica de dichas reglas: no decimos que los jugadores ‘son jugados’ por las reglas. Los que juegan son los jugadores, si bien en base a unas reglas con las que se han familiarizado –llegando a incorporarlas en estado práctico– a base de experimentarlas, podemos decir, en los entrenamientos. De esta forma, el jugador dispone de todo un repertorio incorporado de los objetivos del juego, de lo que puede hacerse y de lo que no está permitido, de cómo es posible que responda un determinado compañero o adversario, etc.; repertorio que le capacita para interpretar (leer) un determinado lance del juego y escoger aquel curso de acción que valora más conveniente en función de la situación a la que se enfrenta. Si recordamos que en los juegos sociales, mantener o transformar las mismas reglas del juego forma parte

de los objetivos del juego, obtenemos una analogía cuando menos ilustrativa de lo que entendemos por ese enfoque estratégico.

Son varias las propuestas que –fuera de nuestra disciplina– se mueven en esta línea y que, a mi juicio, solicitan una exploración sin prejuicios por parte de los historiadores (máxime si tenemos en cuenta la demostrada capacidad empírica de éstas). Por un lado encontramos las sociologías de A. Giddens y P. Bourdieu<sup>18</sup>. En concreto, la teoría de las clases del sociólogo francés –a través de su teoría de los campos y de la noción de *habitus*– nos ofrece un enfoque estratégico de la acción que permite romper con la dualidad acción-estructura<sup>19</sup>. Si bien se parte del supuesto de que en toda situación histórico-social se da una relación de dominio –dado el desigual reparto de recursos– se reconoce que los agentes situados en una posición dominada ‘tienden a’ desarrollar estrategias que revolucionen la estructura del campo que les es desfavorable. Esta situación de dominio, siempre precaria, obliga por su parte a los dominantes a una continua inversión en estrategias de conservación de la estructura que les favorece. Finalmente, esta propuesta se dota de un enfoque estratégico al considerar que la acción de los agentes depende, no sólo de su posición en el campo (dominante-dominado), sino de la representación que –a través de la estructura de disposiciones que constituye su *habitus*– se hacen de la de los competidores.

Por otro lado, también contamos con el ‘modelo de gubernamentalidad’ del último M. Foucault, que frente al ‘modelo de dominancia’ –por el que a través de diferentes prácticas disciplinarias se pretende reducir a la condición de objeto al dominado– se entiende que el gobierno “no pretende anular la iniciativa de los gobernados –es decir, su práctica de la libertad– imponiéndole un estándar sino emplearla a su favor. El gobierno presupone entonces la libertad, con la que mantiene, no una relación de antagonismo, sino un vínculo de ‘agonismo’, implicando un juego permanente de incitación y desafío recíprocos”<sup>20</sup>. En otras palabras, esta propuesta se dota de un enfoque estraté-

<sup>17</sup> Cit. en Thompson, E.P., *Miseria de la Teoría*. Barcelona, Crítica, 1981, 234.

<sup>18</sup> Sólo esbozaré algunos aspectos de esta última, toda vez que la propuesta de Giddens carece, a mi juicio, de un decidido enfoque estratégico y conflictivo.

<sup>19</sup> Sobre el concepto de campo: Bourdieu, P., *Cuestiones de Sociología*. México, Grijalbo, 1990. Sobre el concepto de *habitus*: Bourdieu, P., *El Sentido Práctico*. Madrid, Taurus, 1990. Sobre el concepto de clase social: Bourdieu, P., *Poder, Derecho y Clases Sociales*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000.

<sup>20</sup> Cit. Vázquez, F., *La subjetividad expresiva tras la modernidad tardía*. Trabajo de investigación inédito. Cádiz, 2004, 161.

gico al considerar que el objeto de gobierno no son objetos, sino las acciones de otros.

En lo referente a la tradición marxista actual podemos destacar los intentos de varios marxistas analíticos por dotar al materialismo histórico de una teoría de la acción de corte estratégico, pertrachándose de recursos que ofrecen la microeconomía y la lógica analítica: individualismo metodológico, teoría de juegos y teoría de la decisión racional<sup>21</sup>. No obstante, a nuestro juicio, este intento por complejizar la teoría de la acción marxista adolece de sesgos que serán objeto de discusión en el siguiente apartado al tratar la tercera de nuestras problemáticas.

En relación a los estudios prospectivos queda claro que su capacidad para esbozar posibles escenarios futuros pasa por considerar el papel que desempeña la esfera subjetiva en la reproducción o transformación de las condiciones sociales. Ahora bien, ser capaces de prever la acción de los agentes pasa por dotarse de una teoría más compleja de la acción humana, lejos de una noción determinista que entiende que el dar cuenta de las grandes estructuras permite adelantar esos cursos de acción. Desde luego esto no significa volver a un subjetivismo por el que, como veremos posteriormente, la explicación de la acción se retrotrae a unas supuestas cualidades inherentes a la naturaleza humana. Prever la acción de los agentes pasa por conocer el contexto en el que ésta se ubica y cobra sentido, pero también por desarrollar herramientas capaces de encarar la autonomía o creatividad de la que gozan a la hora de manejar los diferentes constreñimientos estructurales, frente a la acción de otros agentes. En definitiva, pasa por adoptar una teoría de la acción de corte estratégico<sup>22</sup>. En la misma Asociación de Historia Actual, contamos ya con algún ensayo en esta línea, si bien con matices propios que impiden ubicarlo de forma inequívoca en alguna de las tradiciones aquí presentadas. Es el

caso del trabajo de J. Pérez sobre la transición española donde, aplicando el análisis de matrices dafo, confronta las debilidades y fortalezas de los diferentes agentes políticos con las amenazas y oportunidades que ofrecía el contexto al que se enfrentaban (entre las que se incluyen las estrategias de los competidores), para explicar y valorar los diferentes cursos de acción estratégica de cada uno de ellos y el desenlace final del proceso<sup>23</sup>.

### 2.3. Tercera problemática: complejizar la noción de antropología humana

Construir una teoría de la acción humana más compleja no pasa exclusivamente por redefinir la relación acción-estructura desde un enfoque estratégico, sino que requiere trabajar con una nueva antropología en la que se integren las diferentes facetas en las que se ha fragmentado y jerarquizado la producción humana.

El primer objetivo sería problematizar la supuesta 'naturalidad' de dicha fragmentación y la jerarquización subsiguiente, considerándolas como la resultante histórica de un proceso por el que se han ido diferenciando, autonomizando y haciéndose dominantes determinados campos sociales. Así, el *cogito* cartesiano contenido en la máxima 'pienso luego existo' vendría a dar carta de naturaleza a una nueva antropología humana que, tras la experiencia de las guerras de religión que fragmentaron la unicidad de la cristiandad, reconocía en el individuo la presencia de un nuevo dominio, un campo autónomo que se erigía en soberano de su existencia: la conciencia racional. En la misma línea, el *homo economicus* no sería sino el efecto de un complejo y conflictivo proceso por el cual el campo económico alcanzaría plena autonomía a lo largo del siglo XVIII en interacción con el liberalismo político y el racionalismo ilustrado, convirtiéndose, ya en la siguiente centuria, en la esfera social dominante. De esta forma, las diferentes teorías de

<sup>21</sup> Elster, J., "Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Alegato a favor del individualismo metodológico". *Zona Abierta*, 33 (1984).

<sup>22</sup> Insistimos en este punto en la teoría de los campos de Bourdieu, quien reconoce que la configuración de los campos y las reglas que lo regulan -ambos, productos de luchas históricas- poseen una virtualidad, unos posibles que pueden ser esbozados a partir de la situación presente: es, por ejemplo, el caso del agente cuyo *habitus* se adecua a la estructura del campo, posee un gran dominio del juego y es capaz de adelantarse a la siguiente configuración o jugada (llegando incluso a crearla), ya sea en el campo científico, artístico, político, etc.

<sup>23</sup> Pérez, J., "Experiencia histórica y construcción social de las memorias. La Transición española a la democracia". *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2004), 93-122. Vid. también Pérez, J., "La Transición Española en la génesis del capitalismo global", en C. Navajas, (ed.), *Actas del IV Simposio de Historia Actual*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2004, 145-183.

la historia contemporáneas, al abordar el problema de la acción de los sujetos históricos, se habrían visto impregnadas de una u otra forma por una antropología humana que otorgaba preeminencia a las dimensiones económica y de la conciencia racional.

El marxismo clásico —o al menos buena parte de él— es un claro ejemplo de ello. No sólo se entendía la esfera de las necesidades humanas desde el punto de vista económico, sino que el vínculo entre estas necesidades y la respuesta política a las mismas se situaban en el plano de la razón: es la toma de conciencia del proletariado de su posición en la estructura económica —a través de un discurso científico y racional— lo que convierte a la ‘clase en sí’ en ‘clase para sí’. Pero ¿qué ocurre cuando la realidad no responde a esta ecuación? A través de una suerte de acrobacia teórica se habría apelado a la ‘falsa conciencia’, a la ‘interpelación’, a los ‘aparatos ideológicos de estado’, etc.; apañó, más que solución al problema, consecuencia de mantener una antropología que —aún en ‘última instancia’— privilegia la dimensión económica y consciente de la subjetividad. En la misma línea, como señalábamos más arriba, encontramos los recientes intentos de ciertos marxistas analíticos por dotar a la teoría de la acción del marxismo de un enfoque estratégico. Pese a la sofisticación de la propuesta, la aproximación no problematizada a recursos de la microeconomía y de la lógica analítica acaba produciendo una ‘contraortodoxia neoliberal’ por la que el individuo, implicado en diferentes modelos de juegos sociales, desarrolla estrategias y decisiones frente a las de otros agentes según criterios racionales (o irracionales) de maximización de beneficios. Nuevamente una antropología de corte economicista y racional-consciente —en todo caso mejor pertrechada que la del marxismo clásico— subyace en este intento de renovación teórica<sup>24</sup>.

El interés que suscita la crítica a esta propuesta radica en obligarnos a problematizar el supuesto

extendido en ciencias sociales (y en el sentido común), de que toda acción estratégica implica una subjetividad de corte ‘empresarial’ conformada exclusivamente según las reglas del campo económico y/ o el de la racionalidad consciente. ¿Es posible desarrollar una teoría de la acción que contemple al agente como productor de estrategias en las que se ponen en liza mundos de sentido y sistemas de valores, sentimientos y deseos? Se trata sin duda de una cuestión difícil. Pero incluso dentro de la historiografía marxista encontramos interesantes precedentes que pueden ayudarnos a abordar esta problemática. El ‘materialismo cultural’ desarrollado desde mediados del siglo XX por figuras como E.P. Thompson, C. Hill o R. Samuel entre otros (podemos incluir, aunque procedente del campo de la lingüística, a R. Williams), se distinguió por desarrollar una teoría de la acción que confrontaba con el marxismo economicista y estructuralista dominante, apostando por una antropología en la que la acción de los sujetos —sometidos a un determinado equilibrio de fuerzas sociales— no podía entenderse exclusivamente por necesidades económicas al margen de la cultura, los valores, sentimientos y deseos que daban forma a su experiencia constitutiva. Bien es cierto que esta propuesta no se ha desarrollado sistemática ni formalmente —antes bien, la solemos encontrar aplicada sobre casos concretos—, careciendo a su vez de un decidido enfoque estratégico. Pero tales handicaps antes que trabas quizás supongan una invitación a retomar el análisis de dichos estudios considerándolos como un buen punto de partida.

Fuera de nuestra disciplina podemos remitirnos nuevamente a las figuras de Bourdieu y Foucault. En el caso del primero, el concepto de *habitus* como principio generador de estrategias no debe identificarse con una racionalidad consciente. El *habitus* es historia incorporada en sentido literal del término —es decir, se inserta en el cuerpo, no en la mente o la conciencia—, constituyendo una suer-

<sup>24</sup> Siguiendo con la analogía de los juegos, trabajar desde esta antropología implica suponer que un futbolista valora racionalmente cada una de las posibles jugadas que se le presentan, optando por la que cree le reporta mayor beneficio. Se olvida, por un lado, que el fútbol, como los juegos sociales, está sometido a un régimen de urgencia, a una inmediatez abrumadora de relaciones y obligaciones por lo que, tienden a imponerse aquellos recursos que han sido privilegiados por el aprendizaje o la experiencia (Vid. Thompson, E.P., *Costumbres en Común*. Barcelona, Crítica, 1994, 42 y Vázquez, F., *Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón*. España, Montesinos, 2002, 87). El marxismo analítico denomina a este proceso ‘formación de la estructura de preferencias’. Pero al considerar que la teoría de la decisión racional no tiene como objeto el análisis de esta formación, no comprende que privilegiar los recursos de la conciencia racional —y una actitud distanciada y contemplativa— sólo es propio de determinados campos sociales (como el académico), por lo que, su lógica, no puede tomarse como base explicativa de toda la dinámica social.



te de inconsciente práctico que funciona estimando de forma no calculada el porvenir probable, y adecuando a dicha estimación la estrategia a seguir. Esto no significa que el cálculo o la reflexión consciente no intervengan, pero lo hacen de forma secundaria, siguiendo el ‘tirón’ de un *habitus* en el que, en este caso, predominan disposiciones de cálculo<sup>25</sup>.

En el caso del filósofo francés puede ser de utilidad apelar nuevamente al ‘modelo de gubernamentalidad’, teniendo en cuenta que en sus diferentes concreciones históricas se produce una relación entre las ‘tecnologías de gobierno’ —a las que hacíamos mención más arriba— y las ‘tecnologías del yo’, entendidas como conducción de la propia conducta individual<sup>26</sup>. Esta relación supone la coordinación entre las prácticas que uno mismo despliega (plano ético-moral) con las estrategias de dominación de las autoridades que pretenden guiar esa conducta (plano político). Independientemente del perfil que adquiera en cada tipo histórico, lo importante desde el punto de vista que ahora nos ocupa, es que en esta coordinación en la que se configura la subjetividad y su acción, se ponen en liza no sólo necesidades económicas, sino también, por ejemplo, regímenes de placer como la sexualidad.

Desde el punto de vista de una historia prospectiva, privilegiar una antropología de corte economicista o racional-consciente que simplifica los factores que determinan la acción individual y colectiva conlleva peligros evidentes. También dentro de la tradición marxista disponemos de un claro ejemplo, anterior sin duda a la organización de la prospectiva tal y como la conocemos hoy, pero de gran valor ilustrativo. En varios artículos de W. Morris, una de las figuras destacadas del socialismo revolucionario inglés de finales del siglo XIX, encontramos diversas hipótesis sobre el posible desarrollo de la sociedad capitalista si no mediaba o era conjurada una revolución social. Morris prefiguró ya desde la

década de los 80 la intensificación de la competencia interimperialista por la adquisición de nuevos mercados, la posibilidad de una gran guerra europea, el fascismo y el estado del bienestar; estos dos últimos, fenómenos capaces de desarticular el potencial revolucionario de la clase obrera. Todos estos escenarios se hicieron realidad, si bien, como no podía ser de otra forma, adquiriendo perfiles alejados de las previsiones de Morris. Pero lo importante, al menos desde la perspectiva que nos ocupa, reside en que estamos hablando de un socialista que procedía de las filas del romanticismo y cuya crítica al capitalismo adquirió la forma de una ‘realismo moral’. Su reprobación de la sociedad capitalista no vino tanto de la mano de un análisis científico de la economía política como del rechazo moral que le producía la supeditación de las necesidades humanas a los designios del valor de cambio. Es toda una civilización, una forma de vida la que se ve envilecida. A partir de este rechazo, la enorme perspicacia histórica de Morris y la experiencia política que iba adquiriendo le llevaron a desarrollar una peculiar forma de teoría de la historia marxista en la que el conflicto entre lo que denominaba la ‘necesidad y el deseo’ se constituía en pieza clave de su análisis histórico<sup>27</sup>. Y es precisamente en esta segunda esfera donde Morris ubica la principal labor pedagógica de los socialistas: ‘enseñar al deseo a desear’, enseñar a las clases ‘necesariamente’ revolucionarias a ‘desear’ el socialismo. Se trata de construir socialistas, de fabricar una nueva subjetividad en la que, como podemos observar, intervienen desde consideraciones de valor, al sentido otorgado a la vivencia, pasando por los sentimientos que se ponen en liza en cada curso de acción. Para Morris, la posibilidad de una revolución depende tanto del desarrollo ulterior del capitalismo como del tipo de subjetividad que se enfrente a éste<sup>28</sup>. De hecho, una revolución que no trastoque la estructura de valores, las relaciones familiares, los

<sup>25</sup> Cf. Vázquez, F., *Pierre...*, op. cit., 80-81.

<sup>26</sup> Cf. Vázquez, F., *La subjetividad...*, op. cit., 166-167

<sup>27</sup> Thompson, E.P., *William Morris. De romántico a revolucionario*. Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 658-670.

<sup>28</sup> En la misma línea, E.P. Thompson sostiene la necesidad de acompañar el análisis de la sostenibilidad objetiva del capitalismo con la pregunta de si éste es soportable para los individuos que lo viven: Vid. Thompson, E.P., “Folklore, Antropología e Historia Social”, en *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*. Valencia, Biblioteca de Historia Social, 2002, 163-166. Desde un contexto completamente diferente G. Deleuze encara el problema del nazismo ofreciendo una nueva perspectiva de análisis: ¿cómo llegó la población alemana a ‘desear’ el nazismo? Deleuze, G., Guatari, F., *Mil Mesetas*. Pre-textos.

sistemas educativos, la producción artística, etc. sería fraudulenta, cuando no condenada al fracaso<sup>29</sup>.

Bien podemos compartir el juicio de Engels por el que consideraba a Morris un socialista de valía pero utópico y mal político. No obstante, si comparamos los diferentes escenarios que Morris esbozó a partir de su peculiar visión de la historia con los propuestos por los economicistas marxistas -a los que el mismo Engels reprochaba, tanto en su versión socialdemócrata como cientifista revolucionaria-, la balanza se inclina de lado del romántico inglés. Y esta lección que ilustra el error que supone trabajar con una antropología humana parcializada quizás deba tenerla en cuenta cualquier proyecto de reconstrucción de una teoría de la historia con fines prospectivos.

#### 2.4. Cuarta problemática: articular macro y microdinámicas

La apuesta estratégica de Morris en pos del socialismo -no de validez universal sino relativa al periodo en el que escribe y agita- apunta a una educación en el deseo antes que a una intervención política asilada por parte de líderes parlamentarios o de masas espontáneas. Se trata de un trabajo lento desarrollado a nivel práctico -en apariencia subterráneo- y no meramente discursivo: implicación en las luchas obreras, educación en sus propios colectivos, fomento de nuevas formas de organización más eficaces y fuertes, despertar la esperanza frente a la desidia. Supongamos ahora que una debacle económica en un contexto de guerra provoca una convulsión social en Inglaterra, abriendo un proceso revolucionario por el que diferentes organizaciones obreras socialistas se hacen con el poder. No es aventurado imaginar a un historiador marxista del siglo XX explicando este asalto al poder como consecuencia del lento pero progresivo incremento de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la estructura socioeconómica de la Inglaterra de la época.

Como señalábamos más arriba, esta teoría marxista de la historia comparte con otras teorías contemporáneas el supuesto de que conocer los mecanismos que regulan la dinámica de las grandes estructuras permite adelantar el comportamiento

de los agentes históricos. Pero si tenemos en cuenta las tres problemáticas que hemos apuntado hasta el momento, cabe concluir que debe existir alguna capa intermedia que distorsiona o refracta la supuesta relación unívoca entre la dinámica de dichas estructuras y el comportamiento de los agentes. Y si esto es así debemos preguntarnos si los mecanismos que regulan la dinámica de esa capa intermedia responden a la misma lógica que la de los que regulan el funcionamiento de las grandes estructuras o gozan de especificidad y autonomía frente a éstas; y finalmente, debemos preguntarnos de qué forma engarzan ambos niveles.

Con el fin de ilustrar nuestra cuarta problemática volvamos nuestra mirada a la apuesta estratégica de Morris con la que abrimos este apartado. Entre el lento proceso de degradación de las estructuras capitalistas y la respuesta revolucionaria explosiva -en términos 'braudelianos', con carácter de gran acontecimiento- Morris introduce la necesidad de una laboriosa actividad de constitución de una subjetividad socialista. Tenemos por tanto una capa intermedia -en este caso la educación práctica en el socialismo- que silenciosa y rutinariamente va dando forma a una 'estructura de preferencias' que prepara a los agentes para responder de forma revolucionaria ante la crisis de todo un sistema que ellos experimentan directamente, pero de forma parcial. Finalmente, si esa subjetividad ha llegado a constituirse, el equilibrio de fuerzas y los sucesivos resultados de la lucha definirán la mutación de la vieja macroestructura. Generalizando, vemos como 'bajo' las dinámicas casi geológicas de las grandes estructuras -desde las dinámicas demográficas, pasando por la articulación del estado, hasta los ciclos económicos- late, a nivel molar, una microfísica que hace posible que los agentes experimenten la presión y los límites que estas imponen, determinando su reproducción o cambio en función del equilibrio de fuerzas presente.

Desde la perspectiva de los estudios prospectivos, el desarrollo de una nueva teoría de la historia debe contemplar la necesidad de pertrecharse de recursos teóricos que permitan encarar el estudio de estas microdinámicas y su relación con el funcionamiento de las grandes estructuras, toda vez que la constitución de la subjetividad y el subsi-

<sup>29</sup> Al leer valoraciones de este tipo resulta difícil no volver la mirada hacia la experiencia soviética. En contraste, véase la gran obra utópica de Morris *Notice from anywhere* donde un socialista de la Inglaterra victoriana realiza un viaje en el tiempo al 2102 y es testigo de cómo queda organizada una sociedad posrevolucionaria.

guiente comportamiento de los agentes se articulan a dicho nivel.

Diversos intentos como los del marxismo analítico de la decisión racional o los estudios de microhistoria no parecen estar adecuados a este objetivo, ya sea porque la búsqueda de microfundamentos para la teoría de la historia marxista se extrae de una microeconomía que redundaría en una suerte de antropología humana parcial de corte economicista, en el caso del primero; ya por tratarse más bien de una metodología, una forma de hacer historia acorde a contextos muy determinados, que de una teoría global de la dinámica histórica, en el caso del segundo<sup>30</sup>.

En cambio, si parecen buen punto de partida tres propuestas a las que ya hemos hecho mención a lo largo de estas páginas. Por un lado, en los estudios de gubernamentalidad de Foucault aplicados a las sociedades neoliberales, se nos ofrece un modelo que permite engarzar los niveles molecular y molar, al tratar la configuración que adopta (o puede adoptar) la cooperación entre las 'tecnologías de gobierno' (v.g. a nivel del estado) y las 'tecnologías del yo' (mediada por esferas de gobierno a nivel molecular, como familia, empresa, enseñanza, etc.)<sup>31</sup>.

Por otro lado, la teoría de los campos y la noción de *habitus* de P. Bourdieu también ofrecen recursos para encarar el análisis de niveles micro y de cómo éstos engarzan con las macroestructuras. Según Bourdieu, los diferentes campos gozan de un determinado grado de autonomía al constituirse como universos sociales con reglas propias de funcionamiento. Pero estos 'microcosmos sociales' no sólo están sujetos a las reglas que regulan las luchas internas, también están sometidos a la presión que ejercen otros campos –y el resto del espacio social– sobre él<sup>32</sup>. Esta presión sobre la lógica que regula la

dinámica del campo no se ejerce de forma directa: para que tenga efecto sobre las luchas del campo 'debe someterse a un ejercicio de transfiguración que la retraduce al lenguaje, a los debates, a las posiciones que estructuran el campo'<sup>33</sup>. Un campo muy autónomo (caso de las matemáticas) necesita de un enorme trabajo de refracción para que ciertos determinantes sociales ejerzan un papel determinante sobre la lógica de sus luchas internas. Por tanto, conocer el grado de autonomía de un campo concreto nos procura un índice de cómo determinadas variables macroestructurales (clase, raza, género, etc.) afectan y se reproducen en ese microcosmos social (v.g. la enseñanza pública en un determinado país o región)<sup>34</sup>.

Finalmente, dentro de nuestra disciplina, quizás podamos remontarnos a la historiografía marxista británica y recordar cierto pasaje de la controvertida obra de E.P. Thompson *Miseria de la Teoría* donde, realizando una analogía entre las figuras de Darwin y Marx, reconoce que el materialismo histórico, al igual que la teoría de la evolución hasta la llegada de Mendel, se había visto privado de una *genética* de la que, sólo ahora, con las investigaciones de los historiadores marxistas británicos, se estaba comenzando a dotar<sup>35</sup>. Estas investigaciones apuntaban a cómo y por qué camino las grandes estructuras (representadas en el modo de producción y reproducción) tomaban cuerpo en la gente real, de forma que 'volvían a la historia'. Thompson cree que es a través del análisis de la experiencia vivida y de cómo esta es manejada y articulada por los agentes cómo podemos acceder a ese nivel en el que actúa la genética de la que carece el marxismo. A través de este análisis, los historiadores marxistas británicos se habrían topado con los silencios de Marx: "los densos, complejos y densos sistemas mediante los cuales la vida social y familiar es estructurada y la conciencia social halla realización

<sup>30</sup> Es verdad, sin embargo, que obras de microhistoria como la ya clásica *Herencia Inmaterial* de Giovanni Levi adopta alguna de las propuestas que hemos señalado aquí, en concreto, un enfoque estratégico de la acción de los agentes, en este caso, de linajes y familias del Piamonte.

<sup>31</sup> Cf. Vázquez, F., 163 a 166. Esta cooperación no implica que las 'técnicas del yo' se encuentren determinadas mecánicamente por las de gobierno: existe una autonomía que, dependiendo de cada régimen, puede provocar múltiples respuestas: desde el alineamiento a la contestación.

<sup>32</sup> Cf. Bourdieu, P., *El oficio...*, op. cit., 87.

<sup>33</sup> Vázquez, F., *Pierre...*, op. cit., 46.

<sup>34</sup> Véase por su claridad conceptual y su vocación empírica: Bourdieu, P., *El baile de los solteros. La crisis de la sociedad campesina en el Bearne*. Barcelona, Anagrama, 2004.

<sup>35</sup> Cf. Thompson, E.P., *Miseria...*, op. cit., 252.

y expresión [...]: parentesco, costumbre, reglas visibles e invisibles de regulación social, hegemonía y acatamiento, formas simbólicas de dominación y resistencia, fe religiosa e impulsos milenaristas, [...]»<sup>36</sup>. Nuevamente, no hay un desarrollo sistemático y formal de esta propuesta. Como contrapartida, la producción empírica que arroja esta suerte de historia social habla por sí misma y avala, a nuestro juicio, retomar críticamente el análisis de estas investigaciones.

### 3. NIVEL METODOLÓGICO: EVITAR EL ESENCIALISMO

El proyecto de una nueva teoría de la historia también debería ser capaz de conjurar el esencialismo implícito en aquellas propuestas cuyos análisis suponen entidades, discursos o prácticas como dados o naturales, sustituyendo dicho enfoque metodológico por uno relacional acorde al desarrollado por determinadas ciencias naturales.

La aspiración de hacer de la disciplina histórica —y por extensión de todas las ciencias sociales— un saber según los cánones de las ciencias naturales ha sido una constante a lo largo de los siglos XIX y XX. La tesis que defendía la unidad del método científico actuaba como supuesto que legitimaba dicha pretensión. Sin entrar en el debate que supone valorar si la ciencia histórica puede asimilarse completamente a las ciencias naturales o bien posee determinadas características que matizan o impiden esta asimilación, el hecho es que esta empresa se habría llevado a cabo de manera parcial o defectuosa. Mientras que, por un lado, —quizás como consecuencia de las dependencias con las que nace el saber histórico respecto a otros campos sociales (v.g político: justificación del *estatus quo* o de su transformación; filosófico: especulación metafísica)— se habrían mantenido en la agenda historiográfica ciertas problemáticas y supuestos acientíficos, por otro, se mostraba una notable incapacidad para incorporar recursos metodológicos desarrollados por las ciencias naturales capaces de conjurar dichas intromisiones<sup>37</sup>.

Uno de estas grandes conquistas acaecida en el campo de las ciencias naturales e ignorada por la disciplina histórica fue la sustitución, durante la

revolución científica de los siglos XVI y XVII, de una concepción esencialista del funcionamiento del universo —y en consecuencia de la ciencia— por una relacional. Por ejemplo, en lo referente a la dinámica de los cuerpos, la física heredera del modelo aristotélico entendía el movimiento como el resultado de la tendencia inherente de éstos a situarse en un estado de equilibrio, reposo o armonía. En cambio, para la ciencia moderna, la dinámica de los cuerpos respondía a una relación entre diferentes variables. Generalizando, el método científico se alejaba de una suerte de escolástica esencialista y pasaba a tener como objetivo el establecer los sistemas de relaciones que explicaban el funcionamiento de la naturaleza. Como hemos señalado, este logro de la ciencia moderna (¿quizás quepa ubicar aquí una de las posibles causas de su espectacular desarrollo?) no fue asimilado en toda su radicalidad por las ciencias humanas, la disciplina histórica y menos aún por las diferentes teorías de la historia. A partir del fracaso de esta asimilación se ha venido reproduciendo tres formas de esencialismo metodológico.

En primer lugar, aquel esencialismo presente en todas aquellas propuestas historiográficas que pretenden identificar las cualidades, raíces u orígenes —en definitiva, la esencia— que define una determinada formación o entidad histórica. Así, se parte de un determinado cuestionario —normalmente no problematizado o sometido a crítica epistémica— que pretende identificar las propiedades de la cultura romántica, de la burguesía catalana o del estado centralista francés, obviando que estas entidades se insertan en un sistema de relaciones constituyentes que, precisamente, permiten entender su proceso de formación y cambio.

Una segunda modalidad de esencialismo estaría representado por buena parte de la tradición marxista. Es cierto que el materialismo histórico sería una de las primeras propuestas historiográficas que apostarían por un procedimiento ‘cuasi’ relacional a la hora de encarar el análisis de las dinámicas históricas, al reconocer la existencia de una relación conflictiva entre diferentes entidades (normalmente dos, efecto de la influencia de la dialéctica hegeliana). Pero decimos ‘cuasi’ relacional porque nuevamente se recae en una suerte de esencialismo

<sup>36</sup> Ibid., 262.

<sup>37</sup> De todas las dimensiones de la disciplina histórica fue el proyecto de desarrollar una teoría ontológica de la historia el más condicionado e incapaz de conjurar la presencia de esos criterios acientíficos.



al considerar la relación conflictiva, no como constituyente, sino como resultado de la interacción entre entidades existentes a priori. Se pierde de esta manera lo que de provechoso tenía la metodología dialéctica de los procesos históricos (partir de un conflicto que pone en marcha una dinámica constitutiva) rebajándola a una suerte de interacción mecánica. Este es el camino que habría seguido buena parte de la producción historiográfica marxista. Por ejemplo, al aplicar el modelo de la lucha de clases, se habría entendido la existencia previa –efecto de la posición que ocupan en la estructura productiva– de unas clases que se buscan, se encuentran y luchan. Es fácil derivar de aquí –y el propio Marx cae en este error– que las clases poseen unas propiedades (o intereses) inherentes, una voluntad como colectivo y/o, finalmente, una misión histórica por cumplir.

En tercer lugar, otro tipo de recaída en el esencialismo es la que representan las propuestas inspiradas en el estructuralismo. Competidor del marxismo en el mercado intelectual desde mediados del siglo XX, contaría con la virtud de llevar a su máxima expresión el enfoque relacional en ciencias sociales, al considerar que el análisis de cualquier elemento de un sistema pasa por identificar las relaciones en las que éste se inserta y que definen a dicho sistema como un todo. Adoptando lo que se ha denominado como una perspectiva formalista, el estructuralismo asemejaría la lógica de los sistemas sociales a la de la gramática: no podemos comprender un idioma mediante el mero aprendizaje del significado de las palabras que contiene, sino que debemos asimilar las reglas que lo regulan y que dan a cada palabra una función y un significado en relación con el resto. Pero esta visión gramatical del mundo social introduce una nueva suerte de esencialismo metodológico que, en este caso, responde a una confusión entre dos niveles de análisis. Partiendo de la distinción entre lo que denominamos como ‘la lengua y el habla’, podemos establecer una cesura que permite diferenciar el plano del gramático que analiza un idioma canonizado, del plano del usuario que lo habla. La relación de este último con el idioma no responde a una mera ejecución automática de las reglas gramati-

cales identificadas por el lingüista, sino a un uso práctico de los recursos idiomáticos de los que dispone, en relación con la situación a la que se enfrenta. Es esta perspectiva del usuario la que al ser ignorada por el análisis estructural, le lleva a identificar la lógica del comportamiento del observado con la del observador. Al proceder desde este ‘sesgo intelectualista’ se introduce una suerte de esencialismo metodológico que responde a una confusión entre el nivel que corresponde al modelo de relaciones que construye el científico social –con el fin de hacer inteligibles determinados aspectos de la realidad– con la propia la realidad objeto de estudio<sup>38</sup>. Como veremos posteriormente este sesgo es en gran medida el resultado de no someter la mirada del observador a la misma crítica a la que se somete lo observado.

Desde el enfoque que hemos propuesto, la posibilidad de una ciencia histórica prospectiva dotada de una nueva teoría de la historia pasaría por adoptar una metodología relacional que permita evitar estas tres modalidades de esencialismo. Esta empresa debe partir, en primer lugar, de una concepción renovada de la ciencia. Si más arriba hablábamos de una ciencia social con sujeto en relación al papel creativo de los agentes históricos, no debemos dejar la empresa científica, como producción humana que es, fuera de este enfoque. Complejizar la noción de ciencia social desde este punto de vista significa, por tanto, considerarla como una ‘construcción de una construcción’.

Una primera lectura que se deriva de esta noción constructivista de la ciencia invita al historiador a deshacerse del supuesto positivista de que el registro histórico ofrece realidades ya dadas sobre las que cabe una manipulación aséptica. En función de su posición en el campo historiográfico y de las disposiciones adquiridas, el historiador debe problematizar la realidad objeto de estudio y establecer una ruptura epistemológica con la evidencia dada. Esta construcción del hecho científico se traduce, desde la metodología relacional que venimos defendiendo, en la elaboración de posibles modelos de relaciones –en ocasiones aparentemente inverosímiles– que pueden determinar la constitución de

<sup>38</sup> Haciendo una analogía con las ciencias naturales, este error supondría, por ejemplo, creer que la tabla periódica de elementos o el modelo atómico de la nube de electrones antes que constructos analíticos poseen una existencia real. Ciertamente el marxismo compartiría esta misma suerte de esencialismo en la que recae el análisis estructuralista: por ejemplo, al imputar existencia real a la lucha de clases en contextos en los que los agentes protagonistas no comprenden su situación histórica, su subjetividad o su comportamiento en términos clasistas.

entidades históricas (sean éstas agentes, situaciones prácticas o formaciones discursivas). Pero, finalmente, en este proceso de construcción siempre debe mantenerse una clara distinción entre los planos heurístico e histórico, de forma que evitemos acabar atribuyendo al modelo existencia real. En otras palabras, no sólo se trata de evitar el esencialismo implícito en la aceptación no problemática de la evidencia que nos lega el registro histórico, ni de invertir la metodología de análisis que deriva las relaciones de un sistema a partir de la interacción de los elementos que contiene, sino de conjurar el peligro que supone –parafraseando a Marx– confundir las cosas de la lógica con la lógica de las cosas.

La capacidad predictiva de un enfoque histórico prospectivo se encuentra decisivamente vinculada al éxito de esta empresa. Este proceder, sin embargo, no es completamente desconocido por la disciplina histórica. Es el caso de la historiografía marxista cuando entiende el *modo de producción* como un modelo o constructo teórico que permite problematizar la realidad, estableciendo un sistema de relaciones más allá de la evidencia o interacción de los agentes implicados. Este sistema de relaciones determina una posible situación histórica conflictiva en la que puede activarse un proceso histórico de *lucha de clases*. Y es sólo a partir de este proceso histórico como se forman las clases propiamente dichas. Finalmente, del resultado de este conflicto histórico depende la configuración de la nueva situación social y por tanto, el contenido del nuevo modelo a aplicar<sup>39</sup>. El desafío que debemos encarar es el de extender este mecanismo de defensa contra el esencialismo a otros dominios de la disciplina histórica, y en concreto a una posible nueva teoría de la historia con ambiciones prospectivas.

#### 4. NIVEL ÉTICO-POLÍTICO: EVITAR EL RACISMO

Pero, no basta con relacionar el esencialismo con la intromisión de criterios acientíficos en las metodologías de análisis de las ciencias sociales: el proyecto de una nueva teoría de la historia debe

considerar los efectos ético-políticos que pueden derivarse de su uso. En este caso, el esencialismo implícito en toda concepción de la realidad y la ciencia –y sin, duda del sentido común– que imputa de manera acrítica determinadas cualidades naturales (sean biológicas, culturales, etc.) a las diferentes entidades históricas, constituye la base del racismo<sup>40</sup>. Evitar este peligro que afecta a la dimensión ético-política del saber histórico pasa por que la disciplina conquiste mayores cotas de autonomía (externas e internas) lo que, a su vez, requiere vincular de forma inequívoca el proyecto de una nueva teoría de la historia a una tradición de corte crítico.

Desde el momento que la ciencia lleva asociados unos determinados usos en los diferentes campos sociales, no podemos considerarla como una empresa neutra o aséptica. Esta propiedad hace de la ciencia un campo de batalla en el que se dirimen los usos legítimos de los recursos que ofrece. Cada parcela del saber ha desarrollado mecanismos de defensa ante la intromisión de poderes externos que pretenden decidir sobre estos usos. Pero en el caso de la disciplina histórica –y en concreto de la teoría de la historia– el grado de dependencia respecto a otros campos sociales ha sido muy elevado, máxime si lo comparamos con el de otras disciplinas<sup>41</sup>. De esta forma, las grandes teorías que pretendían identificar los mecanismos que explicaban la dinámica histórica se vieron contaminadas por polémicas ajenas que pretendían justificar lo que no eran sino proyectos asociados a determinados colectivos, haciéndolos pasar por universales, inevitables o inherentes a la propia dinámica de la historia, en definitiva, como dados o naturales. Ya fuera la colonización, el capitalismo, la revolución, el providencialismo de un pueblo o la extensión de la democracia, la dependencia del campo historiográfico y la incapacidad para desarrollar mecanismos de defensa ante ésta, convertían a las teorías ontológicas de la historia en verdaderas canteras de recursos para dichos proyectos, dotándolas de un sesgo esencialista que desembocaba en un racismo de perfiles diversos (biológico, cultural, intelectual, de género, de clase, etc.).

<sup>39</sup> Thompson, E.P., *Tradicón, Revuelta y consciencia de clase. Estudios de sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona, Crítica, 1989, 33-39.

<sup>40</sup> Cf. Bourdieu, P., *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997, 15.

<sup>41</sup> V.g. los efectos de la caída del bloque del este –sin duda a través de complejas mediaciones, pero no por ello de forma menos decisiva– conmocionó la estructura del campo historiográfico. No creemos que éste haya sido el caso en el campo de las matemáticas.

Los estudios históricos prospectivos no se encontrarían libres de estas presiones. Es más, cabe prever, en función del grado de desarrollo que sean capaces de alcanzar, un intento aún más decidido por parte de poderes ajenos en pos de legitimar determinados usos de los mismos, habida cuenta de que el objetivo al que se apunta es esbozar posibles escenarios futuros, lo que permitiría, no ya justificar un presente —como universal, inevitable o natural— sino prefigurar y orientar el curso de la historia por venir.

Desde esta perspectiva, el primer objetivo que debe perseguir una nueva teoría de la historia —más aún si viene asociada a un enfoque prospectivo— es desarrollar mecanismos que permitan establecer cotas de autonomía frente a poderes externos que pretenden decidir sobre sus posibles usos, introduciendo en su práctica criterios esencialistas que la acaban convirtiendo en cómplice del racismo. Como hemos señalado al comienzo de este apartado, la afiliación a una tradición crítica se revela como un acertado mecanismo de defensa frente a este peligro y, en consecuencia, como elemento determinante en la consecución de cotas de autonomía para la disciplina<sup>42</sup>.

Si como venimos defendiendo, consideramos las ciencias sociales como la ‘construcción de una construcción’, esta apuesta crítica debe extenderse de forma simultánea a dos niveles. Un primer plano en el que debe ejercerse esta labor crítica comprende a la evidencia que, suministrada por instancias pertenecientes a otros campos (poder político, comités de expertos, sentido común, etc.), nos lega el registro histórico bajo una forma natural, universal o inevitable (la economía capitalista, la identidad personal y colectiva, el estado, el gusto, la criminalidad, etc.). Se trata de llevar a cabo una problematización y relativización de esa evidencia mostrando cómo ésta no es sino una construcción resultado de procesos históricos de luchas sociales y simbólicas por las que, determinados agentes, imponen como universales, naturales o inevitables sus intereses o prácticas. En definitiva, a través de este compromiso crítico con una visión ‘constructivista y conflictiva’ de la realidad, la disciplina histórica gana en autonomía frente a poderes externos.

Pero ¿basta con este ejercicio crítico para poner a salvo a la disciplina de connivencia con el racismo? Recordemos como gran parte de la tradición marxista —que si por algo se caracteriza es por problematizar la supuesta naturaleza inevitable del capitalismo y desocultar los conflictos históricos a partir de los cuales emerge— recae en el esencialismo y el racismo de clase. O aún más ilustrativo, el caso de las propuestas que de una u otra manera beben del estructuralismo y que — pese a problematizar la realidad social identificando relaciones constituyentes más allá de la evidencia dada— no evitan un racismo de corte intelectualista como consecuencia del esencialismo metodológico del que adolecen. En este punto puede resultar pertinente retomar la crítica posmodernista del discurso del ‘metarrelato moderno’ y sus efectos ético-políticos. Si dejamos de lado los contenidos concretos de esta crítica (fundamentalmente, los efectos de dominación inherentes a un discurso construido sobre una concepción del progreso hecha desde la perspectiva del hombre occidental), lo que merece nuestra atención es el procedimiento en sí que, al tomar como objeto de crítica la propia producción de la disciplina —en este caso, el discurso—, saca a la luz ciertos sesgos que, de una u otra manera, se introducían incluso en aquellas propuestas con una decidida vocación crítica y emancipadora.

A nuestro juicio, el valor de esta crítica reside, por tanto, en recordar que no basta con romper con la evidencia que producen otros campos sociales para conjurar el esencialismo y sus efectos ético-políticos, sino que este proceder debe extenderse a la evidencia que nos lega el propio campo historiográfico. No sólo la realidad social es una construcción, la propia disciplina histórica —y toda la ciencia— es también una construcción resultado de las luchas científicas por imponer como norma universal, en este caso, los criterios que regulan la producción de verdad. Y el historiador, al igual que el resto de agentes sociales, actúa en el campo historiográfico desde un determinado horizonte histórico y desde una determinada posición en el universo social, con lo que lleva incorporada su particular ‘mirada indígena’ que, con el fin de evitar una recaída en una suerte de racismo intelectualista, exige

<sup>42</sup> Destacamos este mecanismo de carácter teórico y procedimental sin por ello olvidar que en la producción científica intervienen factores “temporales” que determinan el grado de autonomía de una disciplina: recursos económicos que permitan desarrollar proyectos de investigación independientes, legislaciones que favorezcan y agilicen la realización de esos proyectos, capacidad para movilizar redes sociales y administrativas que den cobertura y publicidad a los resultados de esos trabajos, etc.

una problematización en la misma medida que el mundo objetivado. De aquí que el compromiso crítico reivindicado a este nivel adquiriera la forma de un ejercicio de reflexividad sobre la propia disciplina, sobre los supuestos adquiridos acriticamente por el historiador. Esta suerte de 'objetivación de aquel que ejerce el poder de objetivar' pretende, por tanto, sacar a la luz, controlar y manejar esos sesgos implícitos con el fin de ganar autonomía, en este caso, interna.

En pos de esta autonomía, la disciplina histórica cuenta con el mecanismo de aplicar sobre sí las herramientas que ella misma confiere ('historizar a aquel que ejerce el poder de historizar'), lo que debe traducirse, por un lado, en una constante labor historiográfica que ponga de manifiesto los procesos históricos (sociales y cognitivos, tales como controversias, dinámicas académicas, prestamos interdisciplinarios, filiaciones teóricas, etc.) por los que se ha conformado su propia mirada; por otro, este acto de reflexividad debe universalizarse, de forma que sea ejercido por todos sobre todos, única manera efectiva –frente a la reflexividad narcisista– por la que el historiador ganará en autonomía frente a poderes externos y frente a sí mismo<sup>43</sup>.

## 5. VALORACIÓN FINAL

Si tuviéramos que elegir un punto de partida desde el que la disciplina histórica condujera a buen puerto el proyecto de reconstrucción de una nueva teoría de la historia lo situaríamos en la reformulación de la noción de ciencia. Esto no supone transformar nuestro oficio y ejercer de filósofos o epistemólogos. Se trata simplemente de conocer los sesgos que nuestro propio saber produce y que nosotros reproducimos en nuestra práctica historiográfica. Se trata de abrir nuestro 'impensado' (nuestro 'deshistorizado') a la mirada crítica de la comunidad. Se trata de abandonar el supuesto –que no por alejarse de estos senderos teóricos y refugiarse a la sombra del archivo deja de actuar– de que la verdad científica es un asunto que se dirime entre el historiador individual y el registro histórico. En definitiva, se trata de partir de una concepción de la ciencia histórica como una enorme construcción colectiva en la que, como hemos señalado, todos estamos implicados. A partir de aquí, y sólo a partir de aquí, puede que sea posible establecer las discusiones académicas pertinentes para elaborar una nueva teoría ontológica de la historia alejada de los sesgos del pasado, una nueva teoría de la historia que, quizás, en algún momento, sustituya la idea de un progreso en línea recta por el de una evolución en espiral.

<sup>43</sup> Insistimos: la ciencia es una gran construcción colectiva, colectivamente utilizada, producto de luchas por la representación legítima de la verdad, de forma que todos estamos implicados, aun de forma negativa: al intentar refutar sin éxito una determinada tesis estamos contribuyendo a construir la verdad. Vid. Bourdieu, P., *Ciencia...*, op. cit., 111-126.